

Rev. de la V. de Yucatán
LAT 702 Año 21, vol. 21, nos. 123-124.
(Mayo-Agosto 1979)

BIBLI

CENTRO
DE IN
BIBLI

ESCUELA, BIBLIOTECA; MAESTRO, BIBLIOTECARIO

Por LEOPOLDO PENICHE VALLADO

Hasta en la hoguera donde los tiranos lo arrojan,
el libro ardiendo, desprende luz. — Jaime Torres
Bodet.

Institución tan vieja como la escuela —templo del saber— es en el mundo civilizado la biblioteca —archivo de sabiduría—. Es inconcuso que dentro del orden lógico de los acontecimientos sociales y vitales, el hombre sintió primero la necesidad de aprender, de adquirir conocimientos de sus propias experiencias personales o de las de otros hombres, y después, como consecuencia, la de poner aquéllos al servicio de las generaciones transmitiéndolos y eternizándolos en los signos escritos.

Pero aunque la primera necesidad rigió evidentemente a la segunda en un remoto principio, ambas llegaron al correr del tiempo, a vincularse entre sí al extremo de simultanear su aparición en la vida del hombre civilizado. Y es así como en nuestros días no pueden —más exactamente, no deben— mantenerse o desenvolverse aisladas o en nivel sucesivo, instituciones que nacieron umbilicalmente unidas entre sí.

Sin embargo, en este caso como en muchos otros adscritos al proceso bienhechor de la civilización, la realidad contradice a la lógica, sobre todo en medios geográficos como el nuestro que no salvan aún la etapa del subdesarrollo cultural y social. A lo más a que hemos llegado, es a postular cierto paralelismo institucional entre escuela y biblioteca, que no ha pasado de servir a un interés escuetamente teórico, pues la práctica cotidiana muestra la absoluta y lamentable inoperancia de tal paralelismo.

Dicen los teorizantes: la biblioteca continúa y afina la obra de la escuela y debe acompañarla siempre. A este respecto, un ilustre secretario mexicano de educación, Jaime Torres Bodet, cuya obra pública, en-

702
INFOBILA

cauzada con talento y esfuerzo ejemplares quedó inconclusa por causas que no hace al caso especificar aquí, escribió en sus memorias:

"Siempre me interesé porque el libro completara la acción de los profesores. De nada vale enseñar a leer, ni crear escuelas, ni fomentar la educación fundamental de las masas, si los que acaban de aprender no pueden procurarse textos o más aún, si no se les ofrece y proporciona material de calidad para el ejercicio de la lectura. Por algo decía ya Jules Ferry: "Todo lo que se haga por la escuela y por el liceo, será inútil si no se organizan las bibliotecas". J. T. B. TIEMPO DE ARENA. FCE. 1955. México, D. F.)"

Vasconcelos y Torres Bodet

Fue con base en estas ideas sensatas, que el poeta y maestro emprendió la más intensa campaña alfabetizadora que ha registrado la historia de México, y fueron tan claros y bien intencionados sus efectos, que algún día la opinión pública justiciera equipará esta magna obra secretarial, despojada de relieve publicitario por las circunstancias de tensión que vivía el país en aquellos momentos, con la que en su turno cumplió el otro gigante de la docencia nacional que fue José Vasconcelos.

Pero ni Torres Bodet —que ocupó el alto cargo en dos ocasiones— ni los que vinieron en pos de él, hasta la fecha, lograron hacer genuina realidad el proceso indispensable de continuidad escuela-biblioteca, al que México, y en general todos los países del mundo que aspiran a mejorar efectivamente, sin demagogias frívolas, su status social y cultural, deberán encomendar la ejecución de sus programas de acción política bien entendida y aplicada a la esfera de la educación pública.

Se ha avanzado mucho —sería torpe desconocerlo— en el aspecto de la inversión pública canalizada a la promoción y realización de la obra educativa en sus diversas facetas. A propósito cabe recordar que, en su hora, la obra de Vasconcelos fue rudamente vapuleada por dispendiosa —a juicio de sus falaces censores— y quizá esa fiebre de fundar bibliotecas hasta en los últimos rincones de México que caracterizó su actuación —empresa superflua para el consenso desorientado de la época— fue causa del prefabricado desprestigio intelectual del debatido político, que culminó con su fracasada aventura electoral de 1929. ¡Tremenda paradoja!

Los incómprensivos, los escépticos, pusieron en duda hasta la integridad de las facultades mentales del gran escritor. Para ellos, sólo a

un loco podría ocurrírsele malgastar el dinero del pueblo en inundar de Homeros, Esquilos, Virgilio y Platones toda la extensión de un país de analfabetos, sin advertir los ignaros críticos, que aquello era apenas la primera fase —un tanto romántica nada más, pero no falta de cordura— de la magna obra de la iniciación en la cultura universal que México estaba necesitando —y sigue necesitando aún— para enderezar su camino hacia objetivos de dignificación social y humana, que no ha podido alcanzar en casi siete décadas de cambios revolucionarios operados en su convulsionada historia.

En los últimos sexenios, los más altos porcentajes presupuestales en esferas federal y local, han venido correspondiendo al ramo de la educación, entendiendo por tal el rutinario orden docente: salarios magisteriales, libros de texto, edificios escolares y anexos, y otros renglones considerados básicos e independientes. Pero el aspecto educativo complementario representado por las bibliotecas dentro del paralelismo institucional teórico ¿ha sido atendido con pareje eficacia? A nuestro pesar, tenemos que reconocer que no. Basta una simple ojeada a los documentos de las finanzas oficiales, para percibir la enorme diferencia entre los renglones de egresos correspondientes a la satisfacción de las necesidades escolares, técnicas o materiales, y los aplicados a la atención de los servicios bibliotecarios específicos.

Sólo 3 escuelas para bibliotecarios.

Un dato espantosamente revelador: contra muchos millares de centros de enseñanza —inferior, media y superior— que funcionan en toda la extensión de la República, para proveer al país de maestros y otros profesionales, sólo se cuenta con tres escuelas para proveerlo de bibliotecarios. ¿Hay pues, la relación debida, entre instituciones complementarias, esto es, de pareja jerarquía pedagógica, por cuanto una continúa y fija los conocimientos que la otra difunde?

No puede ocultarse que hay razones de tipo práctico determinantes de esta desproporción. En efecto: siendo muy inferior el número de bibliotecas en relación con el de las escuelas que funcionan en el país, ha de resultar oneroso estimular y sostener un profesionalismo bibliotecario, sin futuro para quienes lo adopten como carrera, es decir, no cabe invertir recursos en una actividad profesional prácticamente improductiva para el presunto egresado del plantel especializado respectivo, por cuanto no va a contar con centros de trabajo bastantes para su propio

desenvolvimiento, después de concluir la carrera a que se consagró.

Pero no es así, con tan crudo pragmatismo, como deben ser vistas y estimadas las cuestiones relacionadas con la acción oficial en materia de cultura; por no haber concebido el presente del país en función del futuro, nuestra evolución ha venido padeciendo retrasos acumulados de tiempo que se traducen en pérdidas del mismo, y que en un momento dado acaban por resultar irrecuperables. No hay que configurar las inversiones, absolutamente indispensables para dar al servicio bibliotecario oficial el carácter de complemento insustituible del docente, como, simples pagarés suscritos a plazo fijo, con réditos en numerario contante y sonante: estímonse, si acaso, como letras de cambio a largo vencimiento, sin especificación de gananciales en signos monetarios, sino en progreso nacional, perceptible en signos de bienestar comunitario.

En una acción educativa conducida con buen tacto, recta intención y amplia visión de la funcionalidad del trabajo y de sus sanas repercusiones en la conciencia popular, siempre debe haber sitio para un bibliotecario junto a un maestro normalista, si no se quiere que la labor de éste, que su abnegación, su entrega al apostolado de la enseñanza, se frustren lamentablemente, por cuanto sólo atendiendo el Estado eficientemente el trabajo bibliotecario, puede romper la solución de continuidad creada por una función docente que inoportunamente corta el propio Estado, en el trance de iniciarse su culminación.

Que hay menos bibliotecas y menos bibliotecarios que escuelas y maestros, es una realidad que ha pesado fuertemente en México y en todos los países donde se da. Podría solventarse, y en ocasiones se ha intentado hacerlo, estableciendo bibliotecas anexas a los centros docentes, primarios, secundarios y profesionales. Pero este procedimiento sólo está llamado a alcanzar buen éxito, cuando se logra, —muy raras veces en la rutina nacional— que esas bibliotecas dejen de ser instrumentos pasivos, objetos de simple ornato que nadie consulta ni valoriza, para asumir una función verdaderamente activa en la vida del plantel al que sirven.

Para que una biblioteca escolar sea una célula viva del cuerpo de la docencia social, es indispensable que esté al cuidado de un bibliotecario profesional, con facultades para quitarle el pelo de la dehesa escolástica que la asfixia; de aquí la utilidad imperiosa que entraña la existencia de las escuelas de biblioteconomía de que carecemos, y cuya misión es preparar convenientemente a los técnicos en la materia, y po-

nerlos al servicio de una acción bibliotecaria consciente, oficial o privada.

Bibliotecarios empíricos.

La falta de estas instituciones, ha obligado al estado a encomendar el delicado servicio bibliotecario —escaso y deficiente como es— en manos de empíricos cuya buena voluntad no siempre corre parejas con su competencia en el ramo, por razones obvias. Téngase esto siempre muy en cuenta y estímesese que la mención que hacemos de estos valiosos colaboradores de la acción bibliotecaria nacional, no pretende deprimir sus méritos: muy por el contrario, nos inclina a rendirle desde estas líneas un homenaje de reconocimiento y de respeto a su heroico autodidactismo. Por desgracia ya dijimos que la mejor intención no basta; necesita estar apuntalada epistemológicamente para ser plenamente funcional.

Concluimos, pues, esta breve primera parte expositiva de nuestra charla, demarcando el hecho, ineluctable hasta hoy, de la indebida desproporción que acusa la cifra de las escuelas establecidas en el territorio nacional, en parangón con la de las bibliotecas abiertas en el mismo, y las distorsiones, y las ineficacias que arrastra esta infortunada circunstancia en las tareas de la educación pública, que a tan alto costo sostiene el Estado, en todos los niveles de la enseñanza.

Esta charla tiene una segunda parte más detenidamente concebida, en la que queremos hacer radicar la medularidad de nuestra exposición, mediante un esbozo analítico de las cuestiones básicas relacionadas con el aspecto estrictamente biblioteconómico de la tarea que debe realizar el Estado Mexicano, para complementar adecuadamente el desarrollo de su acción educativa que, como ya hemos afirmado, resulta prácticamente interrumpida en su fase culminante, al no imprimirse el mismo ritmo a la obra de las bibliotecas.

Comencemos preguntándonos ¿qué es un bibliotecario? ¿qué es una escuela para bibliotecarios? ¿qué es la biblioteconomía? ¿cuáles son las funciones técnica, social y humana de esta ciencia y arte? Vamos a intentar responder en la forma más escueta y clara que sea posible.

Bibliotecarios profesionales

Desde luego, básicamente, el bibliotecario ejerce una profesión, adopta un oficio, y su primer deber es adquirir experiencia en él por medio del aprendizaje empeñoso de sus técnicas, antiguas y modernas,

en continua evolución. En ningún momento de su vida y de sus tareas, el bibliotecario está facultado para declarar **motu proprio**, la autosuficiencia de sus conocimientos en el arte que practica: siempre habrá otro bibliotecario con experiencias diferentes, con nuevas prácticas que pueden enriquecer el caudal común del profesionalismo.

Dentro de esta noción de la incesante perfectibilidad del oficio bibliotecario, de la calidad dialéctica que éste asume en busca de fórmulas cada vez más sencillas y más objetivas para obtener del libro la máxima utilidad como factor que es, el más idóneo, de la cultura, del progreso, de la dignificación de la especie humana a que toda sociedad aspira; dentro de este simplísimo cuerpo de ideas, cabe erigir a la solidaridad bibliotecaria en motor principalísimo de los grandes impulsos conducentes a la concreción de las finalidades más inmediatas de la biblioteconomía: la conservación, la ordenación y la administración de los tesoros bibliográficos puestos bajo una responsabilidad técnica y moral que nunca puede ser individual estrictamente, sino que es solidariamente colectiva.

Trabajo sin jerarquías elitistas

Digamos con más sencillez: en la familia bibliotecaria no hay jerarquías elitistas; se practica una sola responsabilidad equitativamente dividida por cuanto participan de ella con igual amor, con análogo celo profesional, con parejo interés humano, lo mismo el funcionario —funcionario, sí, porque a todos nos compete en la biblioteca una función específica sin niveles jerárquicos divisionistas al servicio del libro y de sus lectores— el funcionario, repetimos, que tiene el encargo modesto de asear cotidianamente los volúmenes y desempolvar el recinto, que el que, instalado muellemente ante un escritorio, atiende a los menesteres de ordenación, catalogación y clasificación bibliológicas, y desentraña los arcanos de las tablas de Dewey, coordinadas con los sistemas, clasificadores de Bruselas y de Washington, y por último, que el que rige la marcha administrativa del establecimiento con severa mentalidad burocrática.

Si esa solidaridad profesional y humana se desestimara en el trabajo bibliotecario, no tan sólo no se arribaría al fin práctico e inmediato de todo esfuerzo del hombre que es servir a sus semejantes en el radio de la jurisdicción que se le fija, sino que, por ausencia de comprensión y de sentido práctico bien entendido, se malograría la funcionali-

dad cabal del libro y de la biblioteca misma, el primero como "instrumento de que se vale la sociedad para conservar la memoria de la raza humana" y la segunda como "aparato que (la misma sociedad) utiliza, para transmitirla a la conciencia del individuo". (Pierce Butler: "Introducción a la Biblioteconomía" Pág. 13. Editorial Pax, México D.F. 1971).

No hay trabajo perdido en la biblioteca, no hay tarea vil: si el libro —materia prima del trabajo— no recibe los cuidados físicos que exige su materialidad, y que el menestral humilde se encarga de prodigarle, pronto sucumbirá a la acción implacable del tiempo y de los agentes patógenos, con grave mengua de la misión preservadora de la memoria de la raza humana que el libro está llamado a cumplir; si, por otra parte, el libro no va expeditamente, con la presteza y solícitud requeridas, de las manos que lo dan a las manos que lo reciben, esto es, de las de quienes disfrutan de la suficiente autoridad para procesarlo bibliográficamente hablando, a las de quienes necesitan de él para sorber la sabiduría que almacena o archiva, y si, por último, no se organiza esta entrega de mano a mano a través de sistemas y procedimientos especiales que propician prácticamente el uso y aprovechamiento de esta preciada materia prima cultural, si todos estos requisitos no se llenan, la biblioteca se convierte en un ente muerto, impositivado aún para cumplir, sin mayor artificio, su estricta rutina social que es brindar asistencia elemental, servicio simple y llano. Los lectores, privados de aguijadura, de orientación; hastiados del ejercicio machacón de un hábito de estrechas perspectivas, no incentivado convenientemente por fuerzas externas provenientes de experiencias superiores, acabarán por alejarse del inhóspito recinto en busca de estímulos más allegados a sus apetencias espirituales, aunque desde luego de muy inferior efectividad intelectual y lógicamente ilustrativa.

El bibliotecario: Lo que no debe ser

Atendidos con la indispensable y sustancial acuciosidad los antecedentes expuestos en los párrafos anteriores, nos consideramos ya en condiciones de responder a nuestra pregunta inicial: ¿qué es un bibliotecario? Para organizar la respuesta con la mayor exactitud, es lícito acudir al mismo artificio interrogativo, con vistas a concretizar un planteamiento aplicable a la funcionalidad estricta del concepto cuya definición propugnamos: ¿es el bibliotecario un simple encargado de servir los libros que solicitan los lectores en una biblioteca? ¿o, con mayor jerarquía, el responsable directo del acorvo bibliográfico con

que cuenta la institución para el servicio que presta? ¿o el acucioso organizador —conservador, ordenador, clasificador— del propio acervo, consagrado a facilitar, por la vía expedita de la técnica, el acceso a él de los presuntos lectores, en la medida del nivel cultural de éstos? ¿o es el sensibilizador, guía y orientador de los mismos, en las tareas de absorción de información y de conocimientos que ellos deben cumplir?

El bibliotecario es todo esto y algo más, según pasamos a razonar. Lo que no puede ni debe ser nunca un bibliotecario, es ese ser rígido, inmutable, cortés, pero siempre pasivo, con que nos topamos con alguna frecuencia en nuestras visitas a los establecimientos del ramo: el hombre —o la mujer— que dispone, avía o acomoda, en forma afable o desabrida —según sus características temperamentales— el servicio que presta, con actitudes de robot; que satisface a todos, atiende a todos, escucha a todos, pero... aquí considera terminada su función. No deja de ser un empleado eficiente por cuanto en momento alguno elude asumir sus responsabilidades encaminadas a cuidar celosamente la integridad del acervo puesto a su cargo, así como la clasificación y procesamiento del mismo; además, le sirve al lector lo que éste le pide: si carece del libro solicitado, se lo manifiesta con toda la cortesía del mundo, para continuar tranquilo su tarea rutinaria, brindando similares atenciones a los demás lectores comparecientes. No indica, no sugiere, no aconseja, en una palabra, no guía. Esta es, insistimos, la imagen de lo que no debe ser el bibliotecario moderno.

El bibliotecario sanamente profesionalizado y consciente de su misión es, primeramente, un ser activo: va al lector, lo auxilia en sus necesidades, en sus demandas y en sus dudas; se afana por anticiparse a unas y otras. Como el maestro de escuela al alumno, el bibliotecario enseña al lector, lo estimula en la búsqueda de la información que amerita, lo guía en sus menesteres investigativos, y lo orienta en sus especulaciones culturizantes. Actúa, en fin, como un verdadero preceptor, como un mentor, como un pedagogo.

Un hombre de la máxima altura intelectual de don Marcelino Menéndez Pelayo, uno de los cerebros más portentosos que ha dado la especie humana, monumento de erudición y de sapiencia, supeditó siempre su categoría de maestro a su calidad de bibliotecario, honrando egregiamente a esta modesta jerarquía. "No soy educador de espíritus nuevos —escribió— sino conservador del tesoro de la tradición con que

han de nutrirse: bibliotecario, en suma".

No hay que confundir, desde luego, la preocupación liberalmente orientadora que debe regir las relaciones bibliotecario-lector, con un género de influencia que algunos bibliotecarios con espíritu faccioso, pretenden ejercer en los lectores, impidiéndoles mediante fútiles engaños, la posesión y lectura de obras del acervo del establecimiento, que el bibliotecario comprometido con su facción, estima que no deben ser difundidas, por razones de cerrado dogmatismo. Esta actitud debe ser severamente sancionada, equiparándola a cualquier atentado a la libertad de pensamiento.

Para que la biblioteca, como se ha dicho, sea lo que debe ser en la sociedad civilizada, lo que postulara Torres Bodet: la prolongación de la escuela, es evidente que hay que dar a la labor del bibliotecario el carácter de prolongación de la labor del maestro de banco. Las analogías entre una y otra labor son patentes, y creemos no exagerar afirmando que en ocasiones, la acción del bibliotecario profesional resulta más delicada y didascálica en su esencia y en su contorno, que la propia del preceptor escolar.

Profundicemos un poco en este concepto: la enseñanza escolar tiene un límite cronológico preciso y fijado por las normas académicas; cuando el estudiante salva este límite y sigue experimentando la sed de mayores conocimientos —circunstancia plenamente normal— queda a expensas de lo que llamaremos el refugio libresco, que equivale a procurarse la satisfacción de las inquietudes intelectuales y espirituales en general que le acucian, a base de libros, sin la presencia física del maestro.

Pero tengamos en cuenta que los conocimientos evolucionan y ¡cuántas veces el aprendizaje logrado en la escuela es rápidamente superado al ritmo de esta evolución! Si el estudiante se queda con sólo lo aprendido en el aula —material estático, inerte— arrostra el anquilosamiento y el retraso en el desarrollo de su actividad profesional, circunstancia que obviamente afecta, no solamente a su interés de activista de una profesión, sino también al interés de la sociedad en que vive, enfocado al servicio de la colectividad que la integra, el cual servicio no debe ser vulnerado por la desidia y la negligencia de algunos de los propios componentes de la comunidad social, mucho menos por los supuestamente señalados para regir las vanguardias de la actividad cultural de esa sociedad.

Ni el estudiante en tránsito hacia la profesión, ni el profesional en el ejercicio de su función socioeconómica pueden, sensatamente, desajenarse del contacto con los libros, en los que encuentran siempre la información y las sugerencias que nutren el caudal de su inteligencia, y dan orientación a su actividad, manteniéndolas al día en el movimiento evolutivo del saber humano esencial.

En general, ningún ser pensante puede prescindir del auxilio del libro, si no quiere marginarse de la corriente de la civilización que conforma al mundo moderno, porque el libro es instrumento elemental para mantener el equilibrio existencial en sus formas concienciales superiores. ¿Cómo puede ser desestimado el libro en la vida civilizada si "la palabra impresa viene a ser para la sociedad moderna, lo que la memoria es para el hombre?" (P. Buttler Ob. cit. Pág. 65).

El acervo de los conocimientos humanos crece cada día, y el libro que los almacena se multiplica, lo que le hace humanamente imposible al hombre abarcar toda la suma de saber encerrada en sus múltiples testimonios impresos. Por otra parte, la capacidad intelectual y la vocación son esencialmente variables en la humanidad: cada hombre, pues, adquirirá los conocimientos que esté en aptitud de adquirir y que signifiquen para él la base de su vida social cooperativa. "Cada miembro de la sociedad toma lo que necesita del capital intelectual acumulado; es aquí donde la biblioteca adquiere un nuevo significado que sólo cede en importancia a la escuela". (P. Buttler. Ob. cit. Págs. 80 y 81).

Es necesidad vital y social que el hombre lea, que frecuente la biblioteca, sobre todo en la edad adulta, tanto como es necesario, imprescindible vital y socialmente, que en la niñez, la adolescencia y la juventud, frecuente las aulas escolares.

"Ahora —volvemos a citar a Buttler (pág. 81)— todo miembro de la sociedad tiene acceso libre a la totalidad del conocimiento acumulado. Le bastaría abrir un libro para enterarse, en una hora de lectura, de más cosas de las que fueron enseñadas en varios días de instrucción escolar. Puede elegir por sí mismo la materia que quiera estudiar, y si lo desea, llegar a las conclusiones finales sin tratar de dominar los elementos ni seguir el curso de la demostración. Más aún: puede conocer materias que no figuran en ningún programa de estudios. Gracias al mecanismo de la página impresa, puede transferir a su mente cualquier porción de la memoria social. En todo momento puede es-

tablecer una escuela para sí mismo, para estudiar lo que desee, sin más maestro que sus propios ojos".

Dentro de la facultad natural que cada miembro de la sociedad tiene para tomar "lo que necesita" del caudal intelectual acumulado en los libros, debe considerarse implicada la cooperación del bibliotecario, y es en este aspecto que funda Buttler su aseveración en el sentido de que "la biblioteca adquiere un nuevo significado que sólo cede en importancia a la escuela". Veamos por qué.

Los libros, capital de conocimientos

En el gran capital de conocimientos que representan los libros, como en todo sistema capitalista —para ajustarnos al simil— hay sus pros y sus contras económicos, sus divisas hegemónicas, sus unidades devaluables y devaluadas, en fin, variedad de dimensiones cualitativas y cuantitativas. Para señalar oportunamente estas circunstancias, para apercebir de su existencia y de sus peligros al presunto inversionista, a efecto de que éste organice convenientemente sus intereses para no sufrir mengua, está el consejero de finanzas del sujeto de crédito, como si dijéramos, fuera de metáfora, el bibliotecario en función de guía y consejero del lector.

El es el responsable directo de la parte del capital intelectual absorbido por el lector; de él depende que el acreditado reciba valores depreciados o valores en plena vigencia, como si dijéramos devaluados pesos mexicanos y minimizados pesos argentinos, o poderosos dólares y saneadas libras esterlinas. Calcúlese, pues, el valor decisivo de esta indispensable cooperación prestada, a mayor abundamiento, en forma oscura y casi anónima, a diferencia de la específicamente magisterial que, siendo similar en calidad intrínseca, sí destella, y hasta en ocasiones propicia el público reconocimiento de los méritos personales de quien la cumple.

Y parejamente, calcúlese el peso de la grave responsabilidad que contrae el bibliotecario consciente al asumir sus funciones y canalizar sus servicios a fines de tan compleja y vigorosa significación social y humana. Se le encomienda nada menos que el cuidado de la selección, sobre normas de calidad, de los conocimientos que el estudioso se propone adquirir, terminado su aprendizaje académico, de los libros —archivos de sabiduría por definición— sin la presencia física del mentor.

La falta de un sentido selectivo —que es el que corresponde imprimir al bibliotecario— en esta operación culturizadora postacadémi-

ca, puede dar al traste, no sólo con la base escolar previa del aprendizaje del presunto lector, sino con los efectos mismos en él, de la acción complementaria posterior encomendada al libro. En suma: puede frustrar lamentablemente la salvadora operación.

El bibliotecario debe ser lector

Todo lo acabado de decir nos lleva a una conclusión obvia: la de que el bibliotecario debe haber sido, y seguir siendo siempre, lector, practicante asiduo, espontáneo y gustoso de la lectura, práctica que nada o muy poco tenga que ver con la obligatoriedad que impone el deber. Sería insensato, desde luego, pedirle que haya leído todos los volúmenes de la biblioteca a su cuidado; pero no es exagerado exigirle tener el hábito de leer, y cultivarlo sistemáticamente, de modo que sus sugerencias y recomendaciones al lector estén revestidas de autoridad y experiencia. Un bibliotecario privado de la costumbre —no importa que los zóilos la llamen manía— de leer, no es, a ciencia cierta, un bibliotecario cabal. ¿Cómo puede cultivar en los demás un hábito que le es extraño?

Una reputada técnica norteamericana en catalogación de bibliotecas, Susan Gray Akers, postula esta sencilla norma para la clasificación de los libros pertenecientes a tales establecimientos: "El libro a clasificar debe ser previa y cuidadosamente examinado a fin de determinar de qué asunto se trata, cuál ha sido el propósito del autor al escribirlo, y a qué clase de lectores será más útil.— Para hacerlo hay que leer la portada, el prólogo, todo o parte de la introducción, revisar el índice o todo ello antes de hacer el examen de la obra) y leer alguna de sus partes esenciales. Ya determinada la clase del libro, por ejemplo Historia, consultar las tablas para su adecuada clasificación... etc". (Susan Gray Akers. CATALOGACION SENCILLA PARA BIBLIOTECAS. Editorial Pax, 1973, México, D. F. Pág. 21).

La recomendación peca, a nuestro modo de apreciar las cosas, de un tanto excesiva liberalidad, que sólo se justifica en obvio del tiempo, fatalmente perentorio, que el bibliotecario profesional puede dedicar al cumplimiento de la tarea clasificadora. Realmente, entendemos, que el ritmo de la catalogación sufriría graves menguas, si a los que realizan ésta se les impusiera la obligación de leer de cabo a rabo todos los libros sujetos a clasificación. Procede, pues, adoptar la norma expeditiva prescrita por la maestra Gray Akers, aunque sin dejar de reconocer, en orden de simple aspiración, que habría de ser mucho más

eficaz que el bibliotecario tuviera un conocimiento completo del material que maneja. Pero lo ideal y lo real son líneas paralelas, nociones que siempre marchan a distancia una de otra, sin posibilidades de unirse, y menos de fundirse.

Psicoanálisis y mayéutica.

Otra virtud indispensable en el bibliotecario, es la facultad de auscultación no exenta de tendencia psicoanalítica que, sutilmente aplicada al estudio de los lectores, conducirá a descubrir en ellos aquellas inclinaciones intelectuales determinadas por el interés particular de adquirir o ampliar conocimientos útiles a su medio profesional, o a la satisfacción sencilla de sus inclinaciones vocacionales. Esta virtud es necesaria en el bibliotecario, especialmente para el que atiende bibliotecas de generalidades, privadas de esa exclusividad en materias que por sí mismas determinan la asistencia de un tipo singular de concurrentes, todos de parejo nivel de cultura y similar enfoque profesional, circunstancias por las cuales, se supone que se hallan suficientemente orientados.

El lector que concurre a la biblioteca general es el que más esfuerzo requiere del bibliotecario activo, por cuanto necesita mayor orientación. Como comúnmente carece de un interés específico por determinada materia, determinado autor, ciencia o arte, sus preferencias en la esfera de los géneros son oscilantes, y como quizá carece hasta de la verdadera conciencia del impulso que lo lleva a nutrir su mente, se le hace preciso al bibliotecario-preceptor consumir un delicado procedimiento mayéutico para poder brindarle un eficiente servicio.

Por eso sugiere Buttler: "En la biblioteca, igual que en el programa escolar, el único criterio de eficiencia social es la selección, tomando en cuenta la clase de gente a la que se da servicio". (P. B. Ob. cit. Págs. 90 y 91).

Pero no basta este intercambio mental bibliotecario-lector, por imprescindible que sea, para considerar que la biblioteca ha realizado lo que llamamos una función integral. Debe el bibliotecario, consecuentando con la mayéutica ejercida profesionalmente, responsabilizarse con la eficacia del acervo del establecimiento, tanto en lo estrechamente casuístico como en las áreas de mayor amplitud que le competen a ésta dada su calidad de institución de servicio social. La selección de los libros de una biblioteca y su estimación con base en juicios de valor

aplicados al contenido de los mismos, en nada son alteradas por la antigüedad de éstos, como punto de vista selectivo. No es más bueno ni, más malo, ni más útil ni menos útil, dentro de una dimensión cultural estricta, un libro de ayer en parangón con otro de hoy. El prejuicio que favorece esa absurda distinción que divide los libros en modernos y obsoletos, vulnera frecuentemente los intereses sociales que las bibliotecas están llamadas a atender. Buttler hace una comparación muy acertada de los programas escolares con los programas bibliotecarios de su época —los años treinta— que no es muy distante de la actual. Entonces se acababa de cometer la necedad —así la califica él— de sustituir el latín por el español en algunas escuelas de su país, es decir, de cambiar una enseñanza inútil por otra de igual inutilidad. "Centenares de miles de estudiantes —razona— se han visto obligados a chapurrear el idioma de los países iberoamericanos, aunque muy pocos de ellos tendrán oportunidad de utilizarlo, y ni siquiera tiene la virtud de darles un conocimiento más profundo del espíritu de su propia lengua". (P.B. Ob. cit. Pág. 88). Y todo esto, en aras de una pretendida modernización de los programas de estudios.

Libros modernos y libros obsoletos

Independientemente de que el razonamiento, en sus alcances docentes, pueda convencer o no, nos interesa registrar el acierto del coitejo de programas, en el enfoque estrictamente bibliotecario, que entraña una crítica —más propiamente una censura— que nos parece adecuada y oportuna. Dice así: "Nuestro sistema bibliotecario resulta sumamente conservador en muchos de sus aspectos. Puede decirse que ha retenido en sus programas materias que es necesario eliminar si también esa institución ha de estar en armonía con las necesidades reales de la sociedad contemporánea. Por consiguiente, convendría que evitara caer en los errores cometidos en el campo de la educación. Por ejemplo, si los directivos de una biblioteca pública, convencidos de que los poetas de la época victoriana ya no son leídos, decidieran dejar de comprar libros de sus poesías y destinar el dinero en cambio a la adquisición de monografías químicas, guiándose por la vaga e irrazonada convicción de que son obras modernas de carácter práctico, estarían cometiendo una necedad, como la de sustituir el latín por el español en algunas escuelas." (P.B. Ob. cit. Pág. 90).

La anterior cita nos actualiza un viejo tema, un tema de siempre,

que ha sido barajado entre nosotros, por intelectuales muy posesionados de un vanguardismo inmanente que los impulsa a actuar como subpuestos agentes de la cultura evolucionista de su tiempo, desdeñosa de todo pasado y cultora del porvenirismo creador.

¡Cuántas veces hemos oído clamar por el inaplazable rejuvenecimiento del acervo de nuestra centenaria biblioteca Cepeda! ¡Cuánto se ha dicho de la obsolescencia de su material bibliográfico, de la inutilidad de éste para regir las apetencias de conocimientos de las nuevas generaciones! De tomarse en serio esta supuesta deficiencia, la acción correctora habría de ser, según los implacables censores, el auto de fe y la sustitución inmediata de los materiales inservibles, por otros que representen a la modernidad, y permitan a los estudiosos "estar al día", no nutrirse de vejestorios superados ya en las esferas de la ciencia, el arte y la técnica, cuyo sentido moderno es lo que cuenta como factor de validez.

Aquellos preopinantes convierten esa función gubernamental imprescindible que es la atención sostenida, ininterrumpida, a las bibliotecas, en un problema de sustitución de los libros viejos por nuevos, en acción incesante. Y consideramos, en estricta realidad que atender a las necesidades de la biblioteca, es aumentar continuamente su acervo, sin más limitación que la que fija la producción bibliográfica mundial, manejada en cada caso con sentido de selección, proyectado a las urgencias y peculiaridades de cada centro bibliotecario. Pero también conservar el acervo que se tiene, es una forma de atender a esas necesidades.

No hay ciencia, no hay arte obsoletos: una y otro son producto de pensamientos y conocimientos eslabonados como en una cadena sin fin, y si bien es cierto que al hombre le es imposible asimilarlos en su totalidad, es también innegable que es función de la sociedad proporcionar las máximas oportunidades a todo el que desee acceder a ellos.

De privar el estrecho criterio eliminatorio aplicado a los libros almacenados a lo largo de las épocas, jamás contarían los estudiosos de todo el mundo con almacenes de sabiduría tan vastos como la Biblioteca Estatal Lenín de Moscú, que consta de 16 millones de libros; la del British Museum de Londres, de más de 4 millones; la Nacional de Berlín, de más de 2 millones; la Nacional de Madrid, de cerca de 1 millón, todas ellas fundadas en los siglos XVII y XVIII, sobre normas de acervos crecientes, jamás estáticos y mucho menos sustituibles perió-

dicamente.

Las bibliotecas son, ya se dijo, archivos de la sabiduría humana y ésto no se da por generación espontánea, sino sujeta a gradaciones de continuidad consecutiva, imposible de interrumpir, del principio al fin, éste todavía muy lejano en la infinitud del tiempo, a menos de que se interponga en su marcha la mano del hombre mismo, provocando una catastrófica explosión nuclear que haga volar en mil pedazos el asiento terrestre de la humanidad. Entonces reconstruida la vida en caso de ser posible, habrá que empezar partiendo de cero.

Sabios "obsoletos".

Pero mientras mayor sea la suma de sabiduría acumulada en un mundo de finitud indefinida, el acrecentamiento incesante será santo y seña de todas las bibliotecas, porque nunca podrá serlo la eliminación, más o menos progresiva, de su material, tal como postulan los "vanguardistas" rabiosos. Para éstos, en la esfera científica, descenderán a la ínfima calidad de "obsoletos", sabios de la estatura de Copérnico. Newton, Laplace, Pascal, Lamarque y tal vez el mismo Freud contemporáneo; poetas como Berceo, Virgilio, Alfonso el Sabio, Camoens, Alighieri, Petrarca, Milton, Byron. Tolstoi; pintores y escultores como Miguel Angel, Rafael, Leonardo; historiadores como Heródoto, Bernal Díaz, Von Rancke. Todos los nombrados, sustituibles, en su orden y género respectivos, por figuras de la nueva hornada: Einstein, Bretch, Becket, Picasso, Toynbee etc.

Y no conciben esos campeones de las leyes de la renovación a ultranza, que ni Einstein habría sido posible sin Copérnico, ni Bretch sin Schiller, ni Picasso sin Leonardo, ni Toynbee sin Heródoto. La sabiduría humana avanza por hitos, y sus archivos no pueden ni deben sustraerse a esta norma eminente, si se quiere que la representen en forma cabal y precisa: su crecimiento tiene que seguir el mismo ritmo ascendente, que va de lo más recóndito del ayer a lo más expectante del hoy.

Esta es la realidad inconcusa de la biblioteca moderna que no debe perderse de vista jamás, una realidad que se ajusta al espíritu de la sentencia, no por resobada menos expedita y explícita en su fuerza adagial, que Cide Hamete Benengeli pone en los labios agudos del bachiller Sansón Carrasco (otros la atribuyen a alguno de los Plinius romanos) y que reza: no hay libro tan malo, que no tenga algo bueno. ¡Y —acotamos nosotros— son tan pocas las cosas buenas que nos ofre-

ce el mundo, que allí donde encontramos una, tenemos que cuidarla con esmero y procurar su conservación y su eternidad.

Ningún menosprecio, pues, es recomendable, aun tratándose de libros de la más rancia obsolescencia. Y a propósito, cabe una aclaración de tipo semántico respecto del tan llevado y traído adjetivo **obsoleto**. Para muchos, para casi todos los que gustan de emplearlo reiteradamente, hasta con cierto regusto cultista, obsoleto es sinónimo de anticuado, viejo, inútil, inservible, aplicado a cosas materiales lo mismo que a ideas. No se toman estos hablistas apresurados, el pequeño trabajo de consultar, para orientarse, el léxico que es la autoridad máxima en estos menesteres idiomáticos.

En efecto, el diccionario académico vigente registra así el artículo respectivo: "**Obsoleto**, *ta* (del lat. *obsoletus*) adj. ant. Poco usado." Lo que, como se ve, no es exactamente lo mismo que eliminado, vetusto, inútil, chocho, caduco, acartonado, acabado y toda esa serie de nociones peyorativas que se le atribuyen. Un libro obsoleto no es, por lo tanto, un libro abocado a la hoguera de las cosas despreciables; es sencillamente un libro de poco uso, condición susceptible de implicar el uso selecto, que obviamente, no lo hace merecedor de exclusión, destierro, olvido, prescindencia, y en último extremo, fuego depurador, ni aún en un escrutinio más severo y despiadado que el que realizarán el cura y el barbero en la librería del inmortal manchego. Ténganlo muy en cuenta así esos críticos que acostumbran volcar su agresividad verbal debatiendo siempre con el epíteto **obsoleto** a flor de labio. Y recordemos siempre la dolorida sentencia de Heine: "donde se empieza a quemar libros, se acaba por quemar hombres."

Se me ocurre un símil que me parece extraordinariamente gráfico, para poner de relieve la total inoperancia de esa tesis eliminadora, aplicada a los libros —testimonios y depósitos de saber— en razón de la presunta antigüedad de su contenido, tesis que dentro de un criterio renovacionista contumaz, conduce a la necesidad de una continua sustitución, en las bibliotecas, de los libros de ayer por los libros de hoy.

Pensemos: los monumentos arqueológicos ¿no son testimonio de los hombres, materias ambas de evolución y de cambio perpetuo? Sin embargo, ¿quién que estuviera en sus cabales, se atrevería a sostener que por existir en nuestros días los rascacielos y otros edificios funcionales representativos de la época moderna, las viejas construcciones del ayer que por su propia fortaleza han quedado en pie, deben demolerse

por ser signos de una civilización y de una cultura obsoletas —¡apareció el epítetillo!— para cuidar que las nuevas generaciones sólo aprendan los signos de la avanzadísima civilización que les tocó vivir?

Invito a este selecto auditorio a ejercitar su valiosísima facultad de meditación, y aplicarla serenamente a estas cuestiones vitales para el destino de la cultura universal, fuerza motriz de la historia del mundo y de los hombres, y como tal, inescindible y gradualizada en su acción y en su funcionalismo, sin que estos valores se vean afectados en su esencia por circunstancias puramente cronológicas; al contrario, es la cronología lazo de unión indestructible en las valoraciones del saber del hombre, de manifestaciones sucesivas, pero inseparables entre sí.

El Descarte en las Bibliotecas

Nada de lo dicho anteriormente invalida la razón técnica que existe para proceder, en toda biblioteca, a la eliminación periódica de materiales bibliográficos que no prestan en ella la debida utilidad, en el concepto de quien la dirige y organiza. Esta operación se llama en biblioteconomía descartado, eliminado o simplemente descarte. Pero ¿cómo determinar cuándo un libro de biblioteca pública o privada, debe ser retirado de la circulación y expulsado de los anaqueles?

Primeramente, a nuestro modo de ver, atendiendo al estado físico de ese libro: un libro deshecho, desgastado por el uso o por el descuido de sus manejadores, mutilado, es, desde luego, un libro inútil e inservible. Pero también puede y debe ser descartado un libro por razones del poco empleo que tenga en la biblioteca, dada la clase o la categoría de los lectores que concurren habitualmente a ella, por último, pueden sujetarse a descarte los libros duplicados en el acervo del establecimiento. En este caso especial, lo procedente es promover el canje con otras bibliotecas que se encuentren en la misma circunstancia, de modo que con esta operación equilibradora se logre que los libros estén siempre donde puedan prestar el máximo servicio.

Lo que tratamos de enfatizar es que por ningún motivo la causa del descarte ha de basarse en la llamada obsolescencia del contenido del libro, y que, por ningún motivo también, la eliminación técnica se haga por cualquiera de las vías destructivas usuales, sin exceptuar el tradicional auto de fe. Porque —insistimos— no hay libro definitivamente inútil, y aquel que languidece arrumbado y sin demanda en los anaqueles de una biblioteca determinada, puede prestar valiosos servicios en otra.

Y este es el punto de vista esencial que debe presidir toda operación de descarte bibliográfico.

Escuelas para Bibliotecarios

Respondida con acopio de elementos de juicio —más o menos cercanos al propósito perseguido— nuestra primera interrogante en torno de lo que es un bibliotecario, vamos a abordar, más brevemente desde luego, las dos siguientes: ¿qué es una escuela para bibliotecarios? ¿qué es la biblioteconomía? y por último, deslindaremos sintéticamente la función técnica, social y humana de esta ciencia, muy antigua y muy moderna.

El solo título de escuela impone implicación docente al establecimiento fundado para formar profesionalmente al elemento humano que debe tomar a su cargo la organización, conservación y atención de las bibliotecas. Han de funcionar esas escuelas, por lo tanto, con sujeción a programas de tipo académico, perentorios, renovables al ritmo de la evolución de los conocimientos en la materia. En tales programas habrán de incluirse desde luego, conocimientos de índole exclusivamente técnica —clasificación, catalogación, etc.— armonizados con los de tipo general —sociológico y psicológico— derivados de las relaciones humanas que el bibliotecario no debe descuidar en el desempeño de sus funciones profesionales, sobre todo las de aquellas que se desarrollan en contacto directo con el público lector. El contingente de lectores reunido en una biblioteca, puede muy bien equipararse a la población escolar que se pone bajo la responsabilidad del maestro de educación pública, y esta circunstancia hace similares las tareas de éste y las específicas del bibliotecario.

La cantidad y la calidad de las asignaturas que deben ser impartidas en una escuela para bibliotecarios, es producto, naturalmente, del análisis y la experiencia de los maestros del ramo, aplicados programáticamente a las normas constitutivas del arte de la conservación, ordenación y administración de la institución llamada biblioteca.

Por otra parte, la biblioteconomía moderna es arte y es ciencia, y los dos aspectos integran el aprendizaje del bibliotecario; la función biblioteconómica puramente técnica comprende el establecimiento de reglas y sugerencias para el trabajo oficial, dirigidas a facilitar y simplificar al máximo la tarea bibliológica ordenadora y manejadora del mate-

rial propio del servicio que se presta institucionalmente en el ramo.

La iniciación en la biblioteconomía, función fundamental de las escuelas para bibliotecarios de que hasta ahora carecemos en México en número suficiente, comprende, a más de la enseñanza de las técnicas ya mencionadas, el estudio de los problemas sociológicos, psicológicos, históricos y rigurosamente prácticos, que habrán de ser tenidos en cuenta en la formulación del acervo programático de la institución docente, a efecto de dotar al estudiante de una formación bibliotecaria completa y eficaz para el ejercicio positivo de sus actividades profesionales al servicio de la sociedad en que vive.

En cuanto a su función social y humana, se canaliza al servicio del interés colectivo que encomienda a la cultura categoría de fuerza rectora del proceso evolutivo de la comunidad humana, que tiene en el libro su más firme cimiento. Servir al libro, promover su producción, su difusión, su lectura, es la faena a que se consagran el arte y la ciencia de la biblioteconomía, convertidos en instrumentos insustituibles del progreso cultural de las naciones.

El área biblioteconómica acusa ligas con pluralidad de campos de conocimiento que le son afines como la bibliografía, las bellas artes, las técnicas editoriales, la tipografía, la encuadernación, la industria del libro, la fotografía y otros.

Todas ellas, en proporciones esquemáticas siquiera, deberán ser aludidas y convenientemente dimensionadas, en las programaciones académicas, ortodoxas de las escuelas para bibliotecarios.

Recapitulación

En plan de recapitular el contenido, un tanto difuso y desordenado de esta charla, vamos ahora a exponer sumariamente los problemas que afectan a la institución bibliotecaria particularmente en nuestro medio —que en algo han de ser también los mismos que confrontan otros medios similares— a efecto de que, quienes me han escuchado, estudien la posibilidad de aplicar a esos problemas las soluciones que dejamos esbozadas:

1. Identificación de las necesidades que pulsan conjuntamente los campos escolar y bibliotecario, en forma que contribuya a crear en la sociedad, conciencia cabal de que deben merecer pareja atención por parte de las esferas del poder político, y de la opinión pública que en los ámbitos democráticos los sustenta. Si aceptamos conceptualmente

que la biblioteca continúa la acción educadora y culturizadora comenzada en la escuela; si declaramos que el libro completa la labor del maestro, no hay razón ninguna para no emparejar en la práctica el interés y la atención que deben poner el poder público y la comunidad en general, a la finalidad de mantener escuela y biblioteca en el mismo plan de eficacia y de aptitud de servicio. En términos más concretos: que en el desarrollo de la función político-social, a la fundación de una escuela corresponda la de una biblioteca, y a la formación profesional de un maestro, la de un bibliotecario.

II. Fundación, como consecuencia directa de la imperativa finalidad identificadora de que se habla antes, de escuelas para la formación profesional de bibliotecarios, en toda la extensión de la República, en proporción que no desmerezca de la que representa el volumen de las escuelas normales y profesionales en general, sostenidas por el Estado.

Y por último.

III. Mantenimiento de un criterio liberalmente acumulativo en la obra de fundar, dotar, conservar y mejorar las bibliotecas, como archivos que son del saber humano a lo largo de los tiempos. Una biblioteca debe crecer, crecer siempre en espacio físico y en acervo bibliográfico sin que, para condicionar su crecimiento, cuenten necesidades absurdas de eliminación de libros por razones tópicas o cualitativas, con el mismo criterio con que se prescinde de una mercancía descompuesta o de un mueble que no corresponde ya a los dictados de la moda cambiante y caprichosa.

Hay que descartar, pues, de toda acción de servicio bibliotecario, la peregrina noción del libro "obsoleto", del libro estéril por anticuado y antipragmático, trasto inútil que es preciso sustituir periódicamente, para mantener siempre "al día" los acervos de los establecimientos del ramo, como si estos fueran lonjas de contratación, almacenes de ultramarinos necesitados siempre de géneros frescos de pronta venta, o, en el mejor de los casos, las bibliotecas fueran estancias palaciegas en las que la trivialidad de los protocolos diplomáticos al uso, dispusiera renovaciones incesantes, a base de erradicar de ellas caducos atuendos, para recreo visual de sus alcornosos huéspedes.

México, y todo país en desarrollo, necesita escuelas, muchas escuelas, y maestros, muchos maestros. Pero simultáneamente demanda bibliotecas y bibliotecarios para apuntalar la obra educativa de aquellos, en continuo peligro de sufrir desmoronamientos lamentables, cuando

falta ese apuntalamiento salvador, que no se ha logrado del todo hasta ahora.

He aquí, sencillamente planteadas, las bases de un programa político que daría perfiles de proceridad y crédito histórico imperecedero, al gobierno, presente o futuro, que lo adoptara y pusiera en marcha.

Porque los resultados de este programa sí habrían de evidenciar, sin mayores demoras, el cambio en la fisonomía moral y social que todos estamos esperando que realice en México nuestra demorada Revolución.

El trabajo antes transcrito fue leído por su autor el 26 de marzo anterior, en el acto de instalación de la centenaria biblioteca "Cepeda Peraza" en su nuevo local —edificio de la institución FONAPAS—, antiguo local, remozado de la Secundaria "Adolfo Cisneros Cámara", en esta ciudad.